

Ulyses

## Noticiario

### PATIOS INTERIORES (1)

Es una impresión curiosa la que deja este libro, recién aparecido, escrito por Ricardo Boizard, bajo tan sugerente título. Tal vez se le imaginaba más cáustico y terrible, más implacable en la afirmación que tanto deleita al autor y hace sufrir a la víctima. La máxima pantagruélica de que todo lo escrito es verdad, se cumple mejor que nunca en estos libros que pretenden enjuiciar a los hombres y a la época que los cobija. Allí están los retratos, trazados con escalpelo, por los hermanos Arteaga Alemparte. Ninguna piedad se mezcla cuando don Justo o don Domingo perfilan sus siluetas. Hay por allí el retrato de un Presidente de la República, más duro que el más pesado de los sepulcros. En la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional existen dos libros particularmente grasos y despedazados por el hecho real del contacto humano. Son: «La tiranía en Chile» de Carlos Vicuña y «Los Tres Mosqueteros» de Alejandro Dumas. Interesa en el segundo, la fuga imaginativa hacia la prodigiosa aventura y en el primero, los terribles y cáusticos retratos. Lo mismo que se ha pensado de este libro de Boizard

---

(1) Nascimento, 1948.

antes de que apareciera. Suceso indiscreto que nada tiene que ver, por cierto, con la personalidad del autor.

El contacto estrecho con el libro, su lectura rápida pues la característica del estilo de Boizard es la agilidad y la amenidad, desvanecen esta fama prematura e inmerecida, tan antojadiza como numerosos tipos de fama. Boizard más que un político es un poeta y más que un poeta disciplinado y retórico, al fin, como todo literato, un ejemplar de místico, casi escribiríamos de apóstol, si el vocablo no se prestara a panzudas y enfáticas interpretaciones. Cuando el poeta Boizard retrata, no llega a la autopsia de un Arteaga, un Baroja o Vicuña Fuentes, se conforma con la sugerencia rápida que la figura humana proyecta. Y no es extraño que tal nimbo sugerente obedezca a una observación precisa, pero demasiado fugaz. Boizard sabe observar, descubre contrastes y rasgos, pero no se detiene en ellos. Prefiere dejarlos confundirse con el torrente emotivo que lo vivifica y anima a él mismo, en su categoría de vate que vaticina y de apóstol que predica. A pesar de esta actitud huidiza, el talento despreocupado del autor impone dos esbozos magníficos: el dedicado al Presidente Aguirre Cerda que lo recibe en La Moneda y dice a Misia Juanita que ya es hora de servir el almuerzo y el del Presidente Ríos parapetado en su sillón parlamentario y actuando como un maestro a la defensiva o bien seguro de ser el Primer Mandatario de Chile, cuando ninguna circunstancia objetiva lo insinuaba.

En el resto del libro, prevalece el poeta sobre el sociólogo y hasta sobre el esquema psicológico, más intuitivo que elaborado por la razón. De ahí que cuando se vuelve la última página del libro, se recuerda, con nitidez imborrable, esa impresión caliente de Panamá, con hombrecillos oscuros que hablan inglés y visten de blanco y las caracolas y peces de la casa de Pablo Neruda. Los demás retratos y por ende, los planteamientos sociales que los circundan, quedan inconclusos, cuando

todo hacía esperar que el agudo y sensible cronista penetraría hasta el fondo, sin excesiva caridad ni temor.

### MUNDO MUERTO (1)

Tobías Barros Alfonso, hijo del último Embajador de Chile en Alemania, ha sintetizado sus recuerdos en un libro breve que lleva el título de nuestra glosa. Su obra amena, digna de leerse sin pausa, nos ofrece un panorama de la Alemania nazi, durante la guerra y después de ella: en la euforia de la propaganda victoriosa y cuando las bombas aliadas habían destruído gran parte de las ciudades alemanas.

Como Barros Alfonso da la impresión de escribir sin mayores pretensiones literarias, con cierta displicencia aristocrática, preferible, a nuestro juicio, a la mezquindad indigente y a la envidia del artista profesional, resulta más interesante enjuiciarlo en su fondo que en su forma; mejor en los sentimientos que lo impulsan a escribir que en el testimonio estético que alcanza su obra. Estimamos que Tobías Barros escribe sin mayor deleite o tortura estética, de modo espontáneo y liso, dándole a su relato ese sabor de los diarios íntimos que mantienen los estudiantes como si los hicieran nada más que para sí mismos, pero sin perder la esperanza de mostrarlos y de obtener éxito. Considerado de este modo su diario, se descubre una inclinación sincera hacia la cultura alemana: una admiración, hábilmente contenida por el régimen de Hitler y luego una conmiseración afectuosa y ya sin ningún disimulo, por la desolación y ruina de la patria de Goethe. Entre ambos puntos corre la trayectoria espiritual del libro y aunque al lector polemista le saltarían a la lengua los sólidos argumentos para refutar al autor, se olvida del asunto, atraído por su frívola amenidad. Una amenidad que no reside en el estilo, ni siquiera en

---

(1) Imprenta «El Imparcial», 1948.